



I PREMIO CERTAMEN LITERARIO “REMEDIOS LÓPEZ”

“EL COLOR DE LOS REFUGIADOS”

NIEVES JURADO MARTÍNEZ

He llegado al medio día, después de andar tantos kilómetros que apenas recuerdo cómo lo hice. Aquí todo está lleno de polvo, de tierra o de barro. Mi vista sólo alcanza a ver gente y más gente. Gente que yo no conozco, que mira con miedo y pide a gritos lo que nadie tiene. Duermen en refugios de tela o de plástico, mientras el llanto de sus hijos les recuerda que el hambre es quien manda.

-¿Cómo te llamas? -Me pregunta una señora rubia.

-¿Dónde está mi madre? -Le respondo.

No quiero hablar de mí, no me apetece. Busco a mi madre y a mis hermanos, pero todos se empeñan en preguntarme por mi nombre y de dónde vengo. No me dejan en paz. La señora rubia me coge de la mano y me pasa a una carpa de color blanco con unas letras grandes y negras que no sé lo que significan. A mí me gustan las letras que forman palabras y componen historias. En la escuela me divertía mucho en clase con mis compañeros. La maestra siempre nos contaba muchas historias. Ahora ya no puedo ir a la escuela y aquí no creo que haya ninguna.

-¿No sabes cómo te llamas? -Me vuelven a preguntar. Ahora es un señor alto con bigote.

-¿Sabe usted dónde está la escuela? -Le pregunto mientras mis ojos recorren el lugar.

Hay muchas personas haciendo una fila que empieza en una mesa marrón con dos chicas y un chico apuntando cosas en unas hojas. Una fila larga, tan larga que ni siquiera veo el final. La mayoría son mujeres con niños de todas las edades. Y bebés, demasiados bebés llorando. Yo cuidaba de mis hermanos, incluso del más pequeño de pocos meses. Mi madre me decía que yo ya era mayor y me tenía que hacer responsable de los pequeños. En realidad, no me gustaba mucho tener que cuidar de ellos porque, a veces, no podía ir a clase, ni tenía tiempo para leer los cuentos que me dejaba la maestra. Los hermanos menores son un fastidio, aunque esto no podía decirlo en casa. Las niñas buenas callan y obedecen.

-Si me dices cómo te llamas, los años que tienes y de dónde vienes, hablamos de la escuela, ¿vale? -Me susurra al oído el hombre alto.

-Vengo de muy lejos y tengo once años -le respondo.

¡Qué manía con mi nombre! Yo quiero encontrar a mi madre y nada más. Mi aldea está muy lejos y es muy bonita, bueno, era muy bonita porque ya no existe. Allí jugaba con mis amigas y casi todos los días íbamos a la escuela que había en el pueblo de al lado. A mí no me molestaba andar porque me encanta leer y estudiar. De mayor quiero ser médico y para eso hay que estudiar mucho, según mi maestra. En la clase, antes de salir a jugar, nos daban la comida y un vaso de leche. Pero todo terminó cuando llegaron los soldados con armas y empezaron a matar a todo el mundo, incluso envenenaron los pozos de agua y quemaron las casas con las personas dentro. Y luego

llegaron los aviones y sus bombas. Todo se convirtió en cenizas. Un día unos soldados me llevaron en una camioneta y me hicieron daño. Se subieron encima de mí y me rompieron por dentro. Me babeaban, me pegaban, se reían. Sus alientos olían asquerosos y sus cuerpos sudaban como animales. Lloré y grité, pero ellos reían más fuerte, y yo lloraba aún más, y ellos reían y reían. Me dolía todo el cuerpo. Cuando los soldados se cansaron de mí y de mis lágrimas me dejaron junto a una vieja carretera. Alguien me recogió y cuidó de mí unos días, pero no sé cuántos porque las bombas también cayeron en sus casas y nos tuvimos que ir. Entonces empecé a andar y andar y andar, con un solo deseo, encontrar a mi familia.

Había mucha gente caminando, miles y miles avanzando como si fueran hormigas. Muertos de hambre y de sed. Nunca me hubiera imaginado ver a las personas comiendo las cortezas que arrancaban de los árboles y bebiendo el agua que quedaba estancada en los surcos que hacían los camiones en el barro. Tampoco me imaginé que podría llegar a hacerlo yo, y lo hice. Un anciano con mil arrugas en la cara me dijo que todos querían llegar al campamento de refugiados. Allí estaríamos a salvo. Pero muchos quedaron en las cunetas de los caminos, tirados como perros muertos. Yo nunca me detenía a mirarlos. Andaba y andaba, hasta que llegué aquí, pero no me parece estar muy a salvo. En el campamento vive todo el mundo amontonado como una gran masa de carne envuelta en trapos rotos y sucios. Y van llegando más y más, a pie o en camiones repletos. También hay muchos enfermos, la mayoría son niños, como yo. Los hay con la piel seca y arrugada, con ojos brillantes y labios salpicados de heridas. La verdad es que yo también me siento enferma. Por eso, la señora rubia y el hombre alto me han tumbado en una de las camas que hay dentro de una gran carpa con varias cruces rojas pintadas en la tela. Antes me gustaba el color rojo, ahora no,

porque me recuerda la sangre cayendo por mis piernas, o saliendo del cuerpo de la gente herida o muerta hasta llegar al suelo, mezclarse con la arena y quedar ahí, formando manchas oscuras. Me han dicho que en pocos días estaré bien, aunque no sé si podrán curarme por dentro.

Al final les he tenido que decir mi nombre para que se callaran. La señora rubia me ha asegurado que buscarán a mi familia y que pronto podré ir a una escuela que van a montar en una carpa nueva. Yo no me lo creo. Esto es sólo un campo de refugiados, no un pueblo.

Sí, soy una refugiada. No me gusta esa palabra, “refugiada”, me suena mal, es fea, es hambre y dolor. Recuerdo cuando escribía mis palabras favoritas con lápices de colores. Me gusta el azul y el amarillo, cielo y sol, y sé que si los junto se convierten en verde, como las hojas de los árboles. Pero la palabra “refugiada” no tiene ningún color, está apagada y no pienso escribirla nunca.

En la cama de al lado, junto a mí, hay un niño que acaba de llegar.

-¿Cuál es tu color favorito? -Le pregunto.

-No lo sé -dice.

Nos callamos los dos mientras contemplamos cómo los últimos rayos del sol se cuelan por un lado de la carpa y llegan hasta nuestros cuerpos.

-Naranja –afirma mirándose las manos con una sonrisa.

-¡Sí! – Le digo enseñándole mi brazo bañado también por la luz del atardecer -
¡Naranja!

Y por primera vez en mucho tiempo, me río y me río, mientras grito:

-¡Sí, naranja, naranja!, ese es el color de los refugiados.